

Sobre la realidad-realidad

Antonio Colinas

Vivimos en unos tiempos sometidos a fuerzas poderosas que ni siquiera nos permiten ver la realidad en su verdad estricta. La desinformación sometida al mundialismo (que no al universalismo) es una de las más poderosas. Otras, podrían ser las injusticias de raíz económica o política. A veces, sin embargo, la realidad es algo tan vivo y evidente que yo me veo obligado a reconocerla como *realidad-realidad*. Es, quizás, la que aparece en este valioso y testimonial libro del que son autores el fotógrafo Joaquim Seguí y el poeta Carles Fabregat. Realidad-realidad con la que ellos se han encontrado durante un viaje a Etiopía.

De entrada, hay en este libro un verismo y una calidad en las fotografías y un afán de síntesis en los versos que sólo el arte puede revelar. Fotografías y textos nos llevan, por supuesto, de entrada, a *sentir*, pero sobre todo yo diría que a reflexionar y a meditar, a *pensar*. Creo yo que no podemos rebelarnos para quedar luego en silencio ante la desigualdad social que ponen de manifiesto las escenas recogidas en la Etiopía de la actualidad, en pleno siglo XXI.

El contemplador y el lector de estas páginas se ven obligados a ahondar en miradas y en lectura para atenerse a esa realidad que está más allá de la dura realidad ineludible. Es como si deseáramos y debiéramos buscar en cada página un sentido más profundo. No en vano se abre el libro con esa presencia de la naturaleza y sus símbolos o signos –la mar, las rocas, la sal, el sol, el río, la piedra, los animales– que nos remiten a un mundo primigenio, fundacional.

¿Y de qué manera aparece el ser humano en ese medio natural que ofrece cierta plenitud, ese medio que permite seguir respirando? Yo diría que a través de las sonrisas de los niños. En la naturaleza, como en las sonrisas de los niños, el mundo parece estar todavía bien hecho. Donde resuena la mar y brilla la sonrisa de un niño podemos decir que aún hay esperanza para el ser humano y para el mundo. Y, sin embargo... Repentinamente, tras la sonrisa del niño, aparece ese rostro-mapa, esas arrugas de dolor de un anciano que nos señala cuanto en su vida

(y en la vida) ha habido de prueba y dolor, de injusticia y de sometimiento, de hambre y sed.

Va apareciendo, pues, a medida que el libro avanza la realidad-realidad que revela las lacras de nuestro tiempo. El ser humano se debate entre chabolas y suelos polvorientos ayudándose a veces de signos de nuestros días que revelan la “modernidad” (¿) –una farola o unas débiles luces de neón, un billar, un desgastado billete bancario, una grúa, una hormigonera–, pero a la vez aparece en este mundo de contrastes otros símbolos que nos remiten a lo perenne: una cruz, unos libros amontonados, la maternidad que prolonga la vida, la mujer, un baile, un canto.

Hay, por tanto, en esta obra una dualidad radical que fotografías y versos nos muestran no exentas de belleza artística, pero invasora en su tremendo realismo. Por actual y clave recuerdo ese símbolo leve de la cruz precisamente en estos días en los que se nos recuerda que el cristianismo parece ser la religión más perseguida del mundo. Y lo es, curiosamente, en esos territorios dónde primero se expandió el cristianismo: Siria, Irak, Líbano, Etiopía, Egipto. Cristianos etíopes, coptos, siríacos, mantienen ese leve signo ante el cuál el poeta se pregunta: “¿Santos o víctimas?”.

Escribo precisamente estas palabras de presentación el mismo día en que los medios de comunicación nos transmiten otra noticia bárbara y cruel: la de la destrucción de las estatuas del museo de Mosul, la de la destrucción de unos *símbolos* fértiles del pasado. Y nos preguntamos, ¿puede el ser humano vivir sin poderse aferrar, en los momentos graves y extremos, a la fuerza y al poder de los símbolos? Los símbolos que, como nos dijo María Zambrano, revelan lo misterioso de la vida, cuanto el ser humano aún desconoce para aprender y vivir en armonía.

Son muchas, pues, las lecciones que este libro nos ofrece y que el lector y el contemplador deben ir descubriéndolas más allá de esa terrible realidad-realidad que se nos ofrece desde la estética del arte, pero también desde una ética que choca frontalmente con un mundo aún no justo, aún no armónico.

Pero –como en un círculo que se cierra– la presencia inicial de la naturaleza regresa con una evidencia absoluta en esa fotografía a doble página en la que la naturaleza nos ofrece –en su mayor desnudez, en la inmensidad del desierto montuoso– su lección de vacío e infinitud sólo rota por la presencia de los cactus o chumberas que remiten al fruto, pero también a lo espinoso.

Y aquí encontramos la realidad dual de este libro: en lo que hiere y en lo que madura, en la miseria y en los ojos puros del niño, en el grito y en la plegaria, en la suciedad y en el canto. Siempre el ser humano se ha debatido entre estos extremos radicales, en medio de una dualidad terrible. Y en medio la leve, suficiente esperanza o armonía de los símbolos y la desarmonía en todo lo que nos duele al mirar.

También lo expresan así no sólo las espléndidas fotografías de Seguí, sino los versos de Fabregat, cuando escribe de esta dualidad nombrándola, a la vez, como “herida” y “goce”, como “milagro” y “puñal”. En medio de este dilema, el símbolo, que salva aún y que el lector deberá descubrir en estas escenas cotidianas, en estas vidas que aún respiran entre el vacío y la plenitud, entre la mar y el desierto.

Salamanca, 27 de febrero de 2015